

Gabaldón Márquez, memorialista del 28¹

Joaquín Gabaldón Márquez es el memorialista de la “generación del 28”, así como Pocaterra lo fue de la “generación de 1908”. Los testimonios de Pocaterra son crudos, con la violencia de un río fuera de madre: los de Jokanaán se desenvuelven en un cielo de ironía y consumen una energía ácida, más racionalista, menos caótica. En Pocaterra había el novelista, el narrador de aquel enjambre de “vidas oscuras” que cayó sobre el país, y en Gabaldón ronda, más bien, el historiador alardoso de recorrer los escondrijos de las viejas casonas literarias, de los viejos castillos carcelarios, de las viejas fórmulas epistolares.

Por haber leído muchas “memorias”, ¡ay! algunas de ellas en la propia fábrica de sueños y ensoñaciones, me atrevo a afirmar esto de que la generación del 28 está brillantemente contada por Joaquín, polluelo para aquellos años en “nido de combatientes”, que eso y no “nido de ruiseñores” ha sido la familia Gabaldón. El libro de Joaquín lo repaso cómodamente, y a menudo, en mi biblioteca, y el de Pocaterra lo asocio a un exilio doloroso, tan doloroso como el relato de la prisión de Antonio Paredes, que mi maestro leyó en las páginas del periodiquito de Flores Cabrera —sería más o menos 1909— para años después “dramatizarlo” ante nosotros, echándose caviloso en un pupitre de mala madera y peor aserradero.

Memoria y Cuento de la Generación del 28 le da categoría a eso que me he empeñado en calificar el “género de las memorias”, riquísimo y de enorme valor en Venezuela. Al ver uno cuántas malas novelas, si es que novelas eran, se escribieron a fines del siglo pasado, no le queda más recurso que reconciliarse con González Guinán,

¹Artículo publicado en *El Nacional* bajo el seudónimo de Martín Garbán, el 11 de junio de 1965.

asesino de imprentas con aquella Historia tumba-bibliotecas, pero excelente memorista. Es que en Venezuela escriben diarios y testimonios hasta los más encumbrados hombres de gobierno y de empresa, y no sólo los engrillados, como lo demuestra la caída de Manuel Antonio Matos en el pecado.

El libro de Joaquín revela el fenómeno del 28 en tres niveles. Aquella no fue eclosión simplemente política: lo fue también intelectual y casi como una consecuencia fue choque de generaciones en todos los aspectos. La pequeña burguesía hacía su irrupción en medio de un asombro del que todavía no sale el país. Políticamente, pues, está ese nivel primario que se conoce como la “Semana del Estudiante”, semillero de ideas del que brotaron casi todos los gobernantes de Venezuela, a partir de 1936.

El segundo nivel generacional fue *Válvula*, la rebeldía literaria. Este aspecto, tal vez por menos sabido, está mejor tratado en el libro de Joaquín. Quienes somos más viejos sabemos que aquí comenzó a sacudirse el ambiente desde antes, con ciertos poemas de Mármol, con las veladas de los “altos del Capitol”, con desprendimientos vanguardistas de la generación del 18. Pero el salto se da con *Válvula* y esa maniobra espacial del intelecto está muy bien trazada, con genealogía y todo, en la “memoria y cuento” de Joaquín, con quien conversaré más tarde sobre la antelación que fueron los “pastiches”, las prosas poéticas de Ramos Sucre, los “haikais” importados por el mexicano Tablada y el viraje de timón en las influencias, que dejó a España, a Darío y a la Francia de Víctor Hugo, por las vanguardias y su cadena interminable de “ismos”.

El epistolario político es el tercer nivel. Puesto al final de la obra, como se acostumbra con los “documentos”, precisamente por eso es más importante. Dije que este nivel reflejaba —o refractaba— el choque de dos generaciones. Basta leer las cuatro cartas de Arévalo González, ya cargado de años y hierros, para calar qué honda distancia había entre él y los nuevos, no obstante haber sido el “doctor en grillos”

extremadamente generoso y comprensivo hacia los jóvenes. Arévalo citaba a Gide (a Charles, el del tratado de economía que han consultado tantos estudiantes), escribía en cándido inglés y conservaba como un tesoro estudios sociológicos norteamericanos. Y los jóvenes no venían por ese rumbo. Eran rebeldes. Eran “lo último”.

Leoni —el que se sonrojaba en Bogotá— y Jóvito —el que citaba nada menos que al jansenista Pascal— deben sentir un placer distinto al mío cuando repasan estas páginas de Joaquín.

Con “risa socrática” los veo pasar.